

**Millones, Rubén.** *La huida de una gaviota con el huevo de un güanay.* Lima, Magreb Producciones S.A.C., 2011; 112 pp.

Anotamos, en principio, que el cuento es tomado como un género narrativo subalterno, ligado a la concepción de la novela, específicamente al relato poco extenso, donde su extensión depende de sus orígenes socioculturales y de las circunstancias pragmáticas que incluyen su comunicación narrativa. Aparecen en él un reducido número de personajes que participan en una sola acción con un solo foco temático. La finalidad del cuento, para el caso, es provocar en el lector una única respuesta emocional.

La escritura de Rubén Millones escapa a esta conceptualización teórica y limitada sobre el cuento y se articula con esa familiaridad extraña, casi enferma, coloquial enajenada que une y descompone al lector (acostumbrado a encontrar *todo servido*) en el desarrollo de la anécdota dentro del relato, por lo que su lectura lo orilla a comprender desde afuera (en una mirada exógena de los sucesos), desde esa raíz extranjerizante que puebla esta composición discursiva. Millones es un autoexiliado que retrata sus orígenes socioculturales y escriturales, y transita en búsqueda de un sentido y cuestiona lo que es y también lo que no es, articulando todo bajo una prosa del desencanto. Es así que el título del libro que reseñamos grafica claramente esta percepción atípica, casi insomne, de tocar temas tan comunes, pero desde una perspectiva ajena a su propio contexto, a sus propias vivencias, lo que otorga a los relatos un *mayor sentido* al ser una composición que enuncia o busca enunciar (en un ejercicio desquiciadamente peligroso) una mirada referencial de lo que ya no está a su alrededor más que en sus trasnochados recuerdos.

*La huida de una gaviota con el huevo de un güanay*, explora los escondrijos del deseo humano, la relación realidad-ficción, lo público y lo privado, lo moral y lo amoral marcados por una heterogeneidad de voces que modulan a los personajes (disímiles unos de los otros) en su función social-antisocial dentro de los códigos del relato camaleónico que propone Millones, en donde, además,

se sobrepone una imagen mayor: una voz editora (la del migrante) que recepciona y modula los ensueños de pertenencia de una identidad extraviada en los confines de su propia memoria. El universo de millones está poblado de seres imposibles, en el cual la carga cotidiana (es decir, la propia existencia) se condice con historias estimuladas por la extravagancia de una idiosincrasia que sobresale al propio drama. Entonces, desde esta perspectiva enmascarada de la realidad, Rubén Millones engarza diversas narraciones que a ratos parecieran no tener una consistencia narrativa en cuanto a la definición y formación de sus personajes y en cuanto al uso retórico y estilístico del lenguaje, y en donde asoman “agujeros simbólicos” y la reflexión de la heterogeneidad discursiva. Así, en el cuento “El Novio”, no importa tanto la carga emocional, moral o interpretativa del engaño (el novio mantiene relaciones sadomasoquistas con el padre de su novia, pero a espaldas de esta), sino se concluye que vale más el mantenimiento de las apariencias y el valor del autoengaño (la novia vuelve a casa con la ropa manchada de mierda después de una accidentada cena y descubre a su novio en pleno acto sexual con su padre, pero “omite” lo que vio y solo busca deshacerse de su ropa sucia). O en “Estilo libre”, lo que aparece, supuestamente, es una formación rudimentaria en el estilo de contar la historia, tanto que el lector puede valorar que se encuentra frente a una narración, donde el narrador no articula bien el campo de acción, y solo se presume que es una voz más bien adolescente, sin ninguna formación retórica; pero ya en el desenlace, el golpe literario del relato nos sacude al punto de darnos cuenta de que ha sido configurada adrede, para que el narrador pueda explicar sus motivos y traumas que lo orillan a preparar tal desenlace: “Pero no podía asesinarle sin decírselo, sin explicárselo, sin salir del doloroso anonimato de tantos meses”, al punto de hacernos partícipe de sus elucubraciones, revelando que lo que estamos leyendo no es la sola declaración de una persona con actitudes esquizofrénicas, sino un ensayo preparado como nota final para el curso que enseña la profesora a quien la voz narradora

ama en secreto; es decir, los personajes que pueblan ambos relatos, de algún modo, son víctimas de su propia ignorancia, del errado cálculo de su proyecto existencial, donde el amor y la muerte se enfrascan en un proceso dialéctico, donde el miedo y el amar se comprenden a partir de la conciencia y su potencia liberadora de matar o dar vida. Así, adquieren un sesgo irónico en tanto no aluden a una facultad para comprender los límites de la condición humana, sino una incapacidad para comprender los mecanismos que rigen la existencia individual, y en consecuencia se muestra una incapacidad para controlar sus propios destinos.

Hay que entender, entonces, que la escritura que presenta Rubén Millones (desde *Tengo la cucaracha* hasta este libro) juega ese papel discursivo que oscila entre la moral y la decencia, que circula entre su *locus amenus* que bien puede ser el espacio íntimo e ínfimo de una casa o los albores propios de la familiaridad de los recuerdos de infancia. Así, en “Jazzología”, Millones engarza una escritura vinculada al simbolismo del sueño (o del ensueño para ser exactos), al reflejo del otro en el espejo que se identifica con uno mismo y con nadie en especial; mientras que en “El verano del Mono”, la aparición de un mono por los jardines de una casa barranquina aviva la imaginación y la exploración de unos muchachos frente a su relación familiar y de terruño, volviendo un poco más tolerable el tiempo donde se arma, como un rompecabezas, los recuerdos de infancia. El mundo de la infancia, el de la adolescencia, el de la adultez, en tal caso, son reseñados con una mirada reflexiva y hasta irónica de lo que significa ser parte de una sociedad descarnada. Por ello, aducimos que los relatos de Rubén Millones deambulan bajo un sentimiento confesional, constituyéndose en un sugerente mostrario de recurrencias evocativas, donde el mundo adolescente o infantil es el refugio existencial ante una realidad hostil y permanentemente equívoca (**Dante Ramírez la Torre**).